

Santamaría, Alberto (2023) *Lukács y los fantasmas. Una aproximación a Historia y conciencia de clase*, Barcelona: Editorial Sylone. ISBN: 9788412660319. Reseñado por: Lorena Acosta Iglesias. Universidad Complutense de Madrid.

En el centenario de su publicación, *Historia y conciencia de clase* (1923) de Georg Lukács vuelve a aparecer, casi contra todo pronóstico, entre las novedades editoriales de la mano de este ensayo, breve pero incisivo, de Alberto Santamaría. Nunca está de más aprovechar esta ocasión para agradecer los impulsos renovadores que rememoran, a su vez, la importancia capital de una obra tan excéntrica a la par que fructífera como lo es *Historia y conciencia de clase* (en adelante, HCC), conformada eclécticamente por varios artículos descompensados en extensión, escritos en diferentes años que abarcan desde 1919 hasta 1922 y que aparentemente no conforman un todo filosófico con sentido pero que, si se la estudia con detenimiento como es el caso, el lector se percatará enseguida de la persistencia y seguimiento de una pregunta filosófica que todavía hoy nos atraviesa, en tanto injerencia histórica del necesario salto revolucionario de la teoría hacia la praxis de su tiempo, lo cual, como decimos, aún en la actualidad nos sigue interpelando, de una manera u otra: tal vez de una forma más taimada pero más urgente, incluso, si cabe.

Su importancia en el siglo pasado, que aún todavía retumba a pesar del canon más instalado, es doble: por un lado, se trata, innegablemente, de una obra que cuenta con una riqueza inmensa entre sus páginas, cuyo propósito fue, ni más ni menos, que la realización material del anhelo de una comunidad otra ante el destino trágico de la modernidad, gestado dicho anhelo ya en los años de formación del filósofo gracias al influjo del idealismo alemán y cierta literatura

moderna alemana y, a su vez, a la ruptura abrupta que supuso la Primera Guerra Mundial en su pensamiento. Este gesto de intervención histórica en la que se resume el golpe sobre la mesa que propició HCC en los debates marxistas de su época reside, en gran medida, en la acentuación necesaria de la potencia subjetiva del agente histórico del proletario gracias a la concreción de las herramientas de un marxismo también renovado, que sea capaz de hacer confluír, no sin resistencias, posiciones tan dispares como las de Rosa Luxemburgo y Lenin respecto a la organización de la potencia revolucionaria en la estructura del partido.

Marxismo que renueva Lukács debido a la irrupción de HCC y que no sin sorna bautiza como ortodoxo respecto al método, dando a entender el grotesco desvío del determinismo económico respecto de las bases metodológicas marxianas, lo cual tuvo como efecto colateral una convulsa recepción de la mencionada obra en los años sucesivos a su publicación, en el contexto de la III Internacional y el V Congreso del Komintern en 1924, todavía instalados en el determinismo económico de un marxismo vulgarizado, cuyos abanderados eran Kautsky y Bernstein, en un primer momento, después reverberados por sus némesis y críticos voraces de Lukács, Lázslo Rudas y Abraham Deborin.

Por lo tanto, nos encontramos ante un ensayo en el que Alberto Santamaría pretende señalar vías de acercamiento a un texto tan complejo y rodeado de tantos fantasmas, propios y ajenos al

pensamiento del filósofo húngaro, como es HCC. El autor, muy consciente de la peculiaridad histórica que supone el texto propone una aproximación que tiene por cometido la exorcización de varios de los fantasmas que han poseído la obra de Lukács a través del tiempo: por un lado, no escatima en la circunscripción del pensamiento lukacsiano en su vertiente histórica, tan necesaria para un autor como el filósofo húngaro, siempre escribiendo a caballo entre los intersticios de los eventos históricos: concretamente HCC se vincula entre el *impasse* que abarca desde la época de decadencia humanística que trae consigo la Primera Guerra Mundial en 1914 hasta el entusiasmo ante la posibilidad del florecimiento de una Nueva Humanidad anunciado con el estallido de la Revolución Rusa en 1917.

Para la vinculación histórica de la formación de Lukács con la génesis de su propio pensamiento hasta 1922, año del último artículo que conforma HCC —en el que se nota la reciente e hipnótica influencia de Lenin—, Santamaría se vale, en gran medida, de los estudios tan lúcidos, entre los cuales destaca el conocido *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios. La evolución política de Lukács 1909-1929*, de Michael Löwy, quien también realiza el prefacio al ensayo reseñado y quien ya advierte, a su vez, que Santamaría se encuentra muy acertado —en consonancia con su propia obra— de advertir las figuras de Goethe o Dostoievski entre los fantasmas que todavía rondan HCC, convirtiendo, de esta manera, a *Teoría de la novela* (1920) como un preámbulo del *opus maius* del húngaro.

Hacia el final del prólogo de 1962 a *Teoría de la novela* es explícito al respecto al señalar que el valor de este libro reside en su utilidad para “conocer más íntimamente la prehistoria de las principales

ideologías de los años veinte y treinta”. Es decir, son textos que describen un periodo de conflicto político y, por tanto, deben tenerse en cuenta en la medida en que expresa necesariamente la tensión conflictiva no sólo de su autor, sino de todo un periodo. Desligar *Teoría de la novela* de *Historia y conciencia de clase*, es decir, provocar artificialmente una cesura entre ambas obras, mengua enorme y necesariamente cualquier acercamiento crítico y comprensivo tanto a Lukács como a *Historia y conciencia de clase* [...] Así pues, *Teoría de la novela* comparte escenario con *Historia y conciencia de clase*, pero entre ambas se crea un nuevo espacio. El espacio que va de san Lukács, como algún amigo lo bautizó en sus reuniones de los domingos de comienzos de siglo, al nacimiento del controvertido y complejo *camarada Lukács* (pp. 73 y 75).

Siendo claramente Michael Löwy uno de los fantasmas que rondan el ensayo de Santamaría, nos encontramos enseguida con otro de los fantasmas que median, presentes ausentes, en la aproximación que nos brinda el autor de este ensayo a HCC: se trata de Lucien Goldmann, uno de los discípulos directos del filósofo húngaro que revivió la obra del mismo a mediados de los años cincuenta y lo hará haciendo hincapié en el carácter procesual de la dialéctica revolucionaria puesta en juego por Lukács contra la estructura rígida del determinismo económico que vilipendia cualquier manifestación cultural o social como mero velo que distorsiona la “verdad” de la estructura social. En este sentido, Goldmann será protagonista hermeneuta de Lukács en las páginas de este ensayo, ya que una de las apuestas lukacsianas que a su vez considera necesario recuperar Santamaría es la posibilidad de vislumbrar los engranajes sociales desde la superficie social misma,

desde sus manifestaciones estéticas y culturales de la vida cotidiana, ya totalmente absorbida por la dinámica expansiva del capital. Respecto a este punto, no pocas veces el autor señalará paralelismos furtivos con el gran otro autor que levanta el friso del bautizado por Perry Anderson *marxismo occidental*, Antonio Gramsci, con quien comparte, a pesar de no haber podido tener contacto directo nunca, la comprensión del capital como dinámica en la que el factor social subjetivo resulta clave en el momento de la subversión social siendo que, en gran medida, su campo de acción está circunscrito al proceso mismo de constitución como agente social. O dicho de otra manera, el proceso por el que la clase se constituye como tal en la lucha de clases ya es, a su vez, una transformación de la conciencia que posibilita, en cuanto condición de posibilidad, el cambio social: el campo de batalla ya es, de alguna manera, en sí mismo, el margen de conquista que implementa el factor subjetivo.

Esta vinculación de los temas que abre Lukács en HCC con la teoría de la hegemonía en Gramsci, así como la grilla hermenéutica de Goldmann que incide en el factor subjetivo de la revolución —y no tanto en el de totalidad, siendo ésta el antídoto ante la fragmentación social de la cosificación para Lukács— de la obra HCC y que vertebró todo el ensayo reseñado no serán, en ningún caso, casuales; sino que resultarán la pieza clave para comprender la forma en la que nos propone Santamaría actualizar el pensamiento de Lukács y llevarlo hasta nuestro presente. En este sentido, el autor trata de realizar una genealogía y, al mismo tiempo, una renovación del materialismo cultural de Raymond Williams —principalmente este será otro de los fantasmas que poseerán la obra de Lukács en este ensayo, pero también será

a través de otros autores afines a los llamados *Cultural Studies* como son Jameson, Anderson o Enzo Traverso— a través de la reconsideración que hacen de HCC en tanto deuda e influencia de muchos de sus planteamientos referidos a la cultura como campo de batalla de la lucha de clases: una vez que la clase social del proletariado se desarticula casi por completo en su sentido ontológico, el campo cultural aparece como pugna de la lucha de clases ante el agotamiento del ciclo keynesiano-fordista y, en este sentido, vincula Santamaría —al igual que lo hace Williams— el concepto de totalidad lukácsiano como antídoto a la fragmentación social producida por la cosificación al concepto de hegemonía como apertura a la posibilidad de un futuro desde el presente.

Williams dispone en primer plano que cuando hablamos de totalidad no debemos entender ésta desde una especie de pureza o estatismo formal. Por eso, inmediatamente une este concepto de totalidad al de hegemonía. Y es posible que el concepto de hegemonía, como propone Williams nos permita un acercamiento más efectivo a la noción de totalidad. Escribe Williams: “Y creo que sólo podemos utilizar adecuadamente la noción de totalidad cuando la combinamos con ese otro concepto marxista crucial de hegemonía. [...] Porque la hegemonía supone la existencia de algo que es verdaderamente total, que no es meramente secundario o superestructural, como la ideología, sino que vive a tal profundidad y satura la sociedad de tal forma que [...] constituye los límites del sentido común (p. 193).

Esto es posible para el autor en tanto que el concepto de totalidad dialéctica lukácsiano es entendido como proceso

“fluido” de conversión entre el todo y la parte que configura la falsa conciencia de los agentes sociales —resultando clave, por tanto, la lucha de clases para comprender la cuestión del fetichismo—, y no como una cuestión estrictamente ontológica de inversión real donde las categorías abstractas determinan férreamente la realidad social, en tanto que reificadas, dejando de lado los procesos concretos de constitución de las mismas. Dicha inversión es, al mismo tiempo, el proceso de reificación del sujeto como categoría abstracta del capital, genealógicamente gestada a la par desde la filosofía burguesa y el capital como forma de reproducción social total. De esta manera, a nuestro juicio, al igual que no es casual la insistencia en conexiones con Gramsci, tampoco lo es la omisión casi deliberada de la filosofía hegeliana y su conversión en el método marxiano que tanta importancia da, a nuestro parecer, Lukács en HCC y por lo que incide en llamar a su renovación del marxismo con el epíteto de ortodoxo. Precisamente esto fue aquello que tanto revuelo causó entre sus camaradas Deborin y Rudas en el V congreso del *Komintern* y que volcaron en las críticas voraces lanzadas contra HCC tildando al filósofo húngaro de voluntarista, fatalista, oportunista y, en el mejor de los casos, de idealista empedernido.

De dichas críticas se deshace Santamaría analizando muy oportunamente uno de los textos más poco estudiados de la obra de Lukács *Chvostismus und Dialektik* [traducido al castellano como *Derrotismo y dialéctica*] escrito presuntamente a lo largo de 1925 pero descubierto de forma casual en 1996 entre los documentos del Archivo Central del Partido. En este texto jamás publicado en vida del filósofo, ajusta cuentas con las críticas de Deborin y Rudas en las que observa una remodelación sutil del determinismo de la II Internacional que oscila entre la

«noción de espera infinita y desconcertante, y, por otro lado, hacia una noción de organización o de partido que se eleva por encima de los procesos mismos de la conciencia que operan en el interior de la clase trabajadora» (pp. 222 y 223).

Ambas posturas, por tanto, se instalan en la ambivalencia de un derrotismo siempre a la espera de una mesiánica revolución o de un *chvostismus*, o como lo traduce Santamaría, “seguidismo” que se queda anclado a la zaga del progreso evolucionista que traerá, según las leyes sociales, el socialismo transformado en realidad. Frente a esto, Santamaría recupera, en connivencia con las posturas del marxismo cultural de Raymond Williams, la incidencia lukacsiana en la potencia subjetiva revolucionaria, persistencia que no sólo encontramos en este texto de 1925 sino incluso en el prólogo a HCC de 1967, décadas después de la publicación de la obra que hoy conmemoramos y volvemos a pensar, en tanto que «hacer política sigue implicando —desde una óptica marxista— la necesidad de hallar la forma de ensanchar y extender los límites de la conciencia posible del presente» (pp. 231 y 232).